

Tránsito del Hombre y la Cultura

por ALFREDO CHAVES

La numerosa y variada cantidad de publicaciones que recibe la Biblioteca de esta Universidad, gracias a su servicio de canje e intercambio, nos permitió organizar una sección de transcripciones de los artículos de mayor interés y actualidad en el concurso de la cultura americana, en el diario «EL DÍA» de esta ciudad. Ahora presentamos la misma sección en este Boletín, seguros de que contribuimos a la mayor difusión de tales artículos.

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Bajo el título de estas columnas, breve pero variadamente, vamos a establecer un registro de los más caracterizados sucesos culturales de América. No será, ni mucho menos, este registro, un inapelable índice de la cultura continental. Sólo procurará, en el límite de las posibilidades, constituir un recurso periodístico de información más o menos interesante, entusiasta y desinteresado, sobre temas de legítimo agrado, como resultan los del tránsito del hombre y la cultura.

Ahora iniciamos esta labor a base de una carta que Guillermo de Torre, prestigioso escritor y crítico español, dirige al ilustre autor mexicano, Alfonso Reyes, respecto a la última actitud de ética intelectual asumida por el filósofo español, José Ortega y Gasset. Esta carta la hemos tomado de CUADERNOS AMERICANOS (la revista del Nuevo Mundo), que se edita en la ciudad de México y que ha sido saludada en estos días como una publicación fundamental en las letras de América. El nombre y la obra universales de Ortega y Gasset concurren ampliamente para que la carta que publicamos a continuación proporcione al lector una particular impresión sobre la más nueva posición humana de un

intelectual español tan conocido como el antiguo director de la REVISTA DE OCCIDENTE. Por lo demás, el hecho se reduce a la pública acusación de un prominente español a otro español igualmente prominente, a través de un admirable mexicano.

SOBRE UNA DISERTACIÓN.—CARTA A ALFONSO REYES.—
Mi querido y admirado Alfonso Reyes: Llega a mis manos el primer número de la revista *Cuadernos Americanos* que mexicanos y españoles han empezado ustedes a publicar. Al cortar sus páginas y verter las primeras miradas aquí y allá, tratando de captar lo esencial o lo que más se acerque a mis temas preferidos o a mis preocupaciones del momento —así leemos, en suma, por vez primera, quienes, al margen del aguzamiento profesional, vivimos espoleados por muchas otras páginas intensas que nos aguardan cuotidianamente— y al recorrer su artículo sobre España y Waldo Frank, encuentro esta frase que logra detenerme: «Después de su primer viaje a la Argentina, José Ortega y Gasset —que ya antes había declarado que América era el mayor honor y la mayor responsabilidad histórica de España— me confesó que le agradaría ser apodado *Ortega el Americano*, como se dijo en la antigüedad: *Escipión el Africano*. Y lo ha logrado en algún modo y por las más nobles razones».

¡Ah, querido Alfonso, y qué mentis tan absurdo acaba de darle a usted quien tal dijo! Le sospecho, a estas alturas, enterado del caso en sí: el embarque de Ortega y Gasset, hará un par de meses, hacia Lisboa, como primera escala, pero con meta prevista, y pseudoconfesada, en Berlín o Madrid. Ahora bien, como probablemente usted ignorará las circunstancias y verdadera significación de tal viaje, no me parece superfluo aclararlas, aun a riesgo de su decepción —llamémoslo así, por el momento— consiguiente. De esta forma, además, daré rienda suelta a la mía—que ya tiene otro nombre. Conste, en cualquier caso, que éste no es un artículo increpatorio. Poco explican algunos que aquí se han publicado, tomando la cosa por su simple lado político, y menos aun las zafiedades de aquellos que creen haber dicho la última palabra llamando al autor de *El tema de nuestro tiempo* —de tantos otros libros admirables que quisiéramos siempre indemnes— un «filósofo de gran hotel».

No; con hipérboles y denuelos de ese calibre nunca se adelantará nada para explicar este grave caso —que a todos

los intelectuales, americanos y españoles, nos afecta y nos duele. Respetemos— todavía —la persona de Ortega, inclusive más de lo que se respeta él mismo. Como tal, como ente particular—no faltaba más!—desplazarse, cambiar de países, mientras le otorguen franquicias esos mismos que han puesto alambres de púa a las fronteras de Europa. En cuanto a la obra... ahí está y seguirá estando, en tanto no surja alguien capaz de superarla. La anterior a 1936 seguirá calificando a Ortega como el primer prosista español de nuestro tiempo; en cuanto a la posterior, como se limita casi exclusivamente a un tejido de compromisos, reticencias o insinuaciones vergonzantes, poco habrá de contar en ningún caso.

Pero lo que aquí quiero comentar —públicamente— con usted no son las consecuencias o inconsecuencias latentes de la obra, sino la conducta de quien es algo más que un viajero particular, del gran escritor representativo, del hombre español que deja —en estos momentos— voluntariamente la libre América y torna al redil europeo —redil en su recto sentido, sin metáfora. Con ese acto, con ese viaje don José Ortega y Gasset ha cometido —estamparé, después de medirla, la grave palabra— una deserción, una grave deserción.

¿Por qué? No necesitare recordar a usted, amigo Alfonso Reyes, contertulio madrileño de muchos años, el tono cordial y aún el acento apologético que Ortega ponía en sus palabras siempre que la conversación rozaba a América; y cómo, otras veces, por encima de sus reservas y críticas —las nuestras, al cabo: amor hacia una persona o un país no es aceptación ciega, sino deseo de perfectibilidad— Ortega quería, parecía querer a este continente. Mucho menos habré de recordarle lo que inclusive saben aquellos que no le trataron: sus opiniones escritas sobre América, desde el asombro de su primer «Espectador», a raíz del viaje inicial a la Argentina, en 1916, hasta el entrecruzamiento de «halagos y vejámenes» que le dictó un segundo contacto argentino doce años después. «Cuando se escriba la historia de mi vida, de mi pensamiento (le oí yo decir en un brindis a Alejandro Korn, en Buenos Aires, en 1927) habrá que hacer un capítulo sobre la influencia que en mí ha ejercido la Argentina».

Mas, en fin, todo eso son palabras —*verba volant*— que pudo llevarse el viento, como todos los días se lleva tantas, sin gran asombro de nadie. Lo importante, lo que permanece es el hecho siguiente: Ortega volvió a la Argentina en 1938, creo recordar, y entonces lo hizo por las mismas razones porque han venido o hemos vuelto, todos los escritores europeos; huyendo de una Europa imposible, buscando aquí un clima de libertad y de acción que allí se nos negaba. Y ahora, Ortega —sin que aquello haya cambiado— rectifica, reniega de su gesto y torna hacia esa Europa incriminada —entre somormujos desdeñosos para América. (Los pretextos que alegó pudieran ser importantes— en suma, falta de trabajo retribuido a la escala de sus exigencias—, y, al cabo serían secundarios). No creo excederme en la interpretación. Al menos, entre las escasas personas que le escucharon durante los últimos días, ha corrido esta frase orteguiana: «Se avecina una guerra entre continentes. Yo voy a tomar posición en Europa».

¿Una guerra entre continentes? Aún en tiempos menos crudos y tajantes, y en el supuesto de que lo anterior fuera cierto, ¿se imagina usted como posible, dilecto Alfonso Reyes, que ningún otro español de América pudiera resolver así su abanderamiento patético? A usted como mexicano nativo y español de afinidad; a mí como español de raíz y argentino familiar, a tantos otros con esa duplicidad de lazos afectivos e intelectuales se nos partiría el alma, se nos desgajaría el ser, sin poder tomar partido. Pero en nuestros tiempos anormales —y aún teratológicos— esa supuesta guerra de continentes no es, no sería, en último caso más que una pugna radicalmente distinta y en la cual ya tenemos elegida trinchera: la guerra entre la América libre y la Europa tiranizada. ¿Comprende usted ahora, querido amigo, por qué me atrevo a calificar el viaje de Ortega como una deserción? Porque marcharse ahora de América es una deserción y de las más gravemente penadas en el código moral.

Cierto, podrá usted decirme, que Ortega apenas si fué —en el fondo, en la entraña de su pensamiento— un liberal. No lo ignorábamos aunque tampoco lo hayamos recordado debidamente. Pero si usted relee, como yo ahora, con otra criba, sin dejarse embaucar por el sortilegio verbal, páginas antiguas y recientes de Ortega, comprobará que éste nunca hizo mayor misterio de sus sentimientos antidemocráticos, de

su «debilidad» por la fuerza, de su larvado cesarismo. Esto, sin recordar su ominoso silencio durante la guerra de España; sin recordar asimismo aquel significativo acceso de indignación que le acometió ante el hecho de que Einstein hubiera hecho declaraciones a favor de los republicanos españoles (según se lee en el «Epílogo para ingleses», en la segunda edición argentina de *La rebelión de las masas*). Sin embargo —seamos generosos hasta el límite— aquello eran todavía palabras, de valor circunstancial y modificable para quien tan diestramente supo manejarlas. Lo de ahora es otra cosa. Lo de hoy es un hecho infinitamente más grave; un acto definitivo e irrevocable.

Y he ahí, Alfonso Reyes, por qué me ha impresionado tanto el contraste entre sus —una vez más— generosas palabras sobre Ortega y la traición que éste nos ha hecho. Si, permítame usted que pluralice y me sienta implicado en la ofensa como nuevo americano. Nadie mejor que usted —ya que pocos otros escritores, entre los de estos países, tienen tan desarrollado y vigilante el sentido de lo continental— para hacerse eco de esta decepción. Y, por su conducto, sépanlo todos, en primer término, los mexicanos, las personalidades de esa Universidad que habían invitado a Ortega, no ha mucho, para profesar en sus aulas.

Que midan el significado de ese cambio de rumbo...

Mientras tantos escritores españoles —se dirá en el futuro, inapelablemente— huyeron de sus patrias cerradas y se sumaron con su esfuerzo a las abiertas patrias de América, hubo una excepción dolorosa, un hombre desertó: don José Ortega y Gasset.

Saludos y abrazos de su amigo y devoto.

Guillermo de Torre.

Sin la incalificable tortura de la celebridad, en una trayectoria literaria leal y equilibrada, el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade ha logrado integrar su obra al cuerpo fundamental de la lírica americana. Satisface en lo íntimo, estimula inefablemente el hecho tangible de que Carrera Andrade haya obtenido en el continente una consagración literaria justa, desinteresada y limpia de destempladas hipérboles. Así es como, de mes en mes, en las más calificadas publicaciones de cul-

tura americana, vamos conociendo los estudios y las críticas que la poesía de Carrera Andrade suscita entre los más responsables escritores americanos. Y en este reconocimiento del poeta ecuatoriano, actualmente han tomado parte también los críticos norteamericanos. Esto último puede comprobarse, entre otras, en estas publicaciones de los Estados Unidos: *POETRY*, VOL. LIX, N°. V.; y *FANTASY*, N°. 26. En la Argentina y en Chile, en México y Cuba, en Colombia y Venezuela, y en casi todos los países de América, los libros de Carrera Andrade han merecido la atención de los comentaristas y críticos especializados. En la reciente *ANTOLOGÍA DE LA POESÍA LÍRICA MODERNA*, lujosamente editada por la Editorial «Séneca» de México, Jorge Carrera Andrade está presente con una selección de sus poemas. Es sensible para el Ecuador —lo será igualmente para Carrera—, que en dicha *ANTOLOGÍA* se haya deslizado un error demasiado ingrato: Carrera Andrade consta como peruano. Ahora presentamos a nuestros lectores un estudio crítico de Antonio de Undurraga, publicado en el número correspondiente al mes de febrero de este año de la *Revista Iberoamericana* (Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana). En la publicación que hacemos hemos omitido, para aliviar la extensión del artículo, la transcripción fragmentaria de algunos poemas de Carrera.

LA ORBITA POÉTICA DE JORGE CARRERA ANDRADE.— En su Antología intitulada *Registro del Mundo*, que abarca el espacio cronológico comprendido entre los años 1922 y 1939, nos entrega y resume Jorge Carrera Andrade, su primera gran órbita poética.

Estamos ante un suceso lírico ya maduro y lleno de sugerencias para quienes siguen, paso a paso, la evolución de la poesía moderna en América del Sur, por cuanto Carrera Andrade, tanto por su ecuación étnica como espiritual, es un mestizo genuino que, pese a sus prolongadas travesías por el mundo, siempre se ha expresado en la modalidad poética que corresponde a un hombre del Pacífico americano. Aún en los poemas escritos en su residencia de Yokohama, donde la naturaleza y la milenaria tradición japonesa se acogen, siempre está presente su sangre y la técnica que adquirió a la luz de su Ecuador natal.

En los modernos poetas españoles tales como Jorge Guillén, Luis Cernuda, Luis Rosales, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, la poesía se da como una entidad espiritual de fuerza centrífuga que va de lo íntimo, del yo del poeta hacia el mundo externo. Es flecha personalísima

que se clava en cualquier objeto del orbe real. Es así como Luis Cernuda, en el apogeo de su lengua escribe *Yo fui*.

Pero en América, sucede lo contrario. El poeta integra la poesía partiendo de la naturaleza. En tal virtud, Pablo Neruda —genuino intérprete de esta modalidad— ha llegado a decirnos, en un estilo hecho de largos y rituales períodos, que es ella quien le ha impuesto a su obra un determinado género de tristeza. Y a pesar «de lo comercial de su disposición», cónsul de Chile en un puerto de Oriente, el poeta reconoce que posee, que es «un sujeto de sangre especial», al cual la naturaleza le hiere con todos sus espejos. Que la selva formidable del Sur de Chile, ya le ha abierto una determinada categoría poética que, cualquiera que sea su residencia en la tierra, será apta para su sangre de mestizo, de sudamericano cabal.

Tal es la ley a que está sujeto este equipo de poetas en el cual tiene una cátedra señalada Jorge Carrera Andrade, una ley que podríamos llamar «cósmica», en la que el poeta integra su poesía partiendo de la naturaleza y en donde su «yo» queda, como subordinado u opuesto por aquella.

En determinadas circunstancias esta ley se verifica como una embriaguez, como un hálito en el cual el artista solo se deja llevar y la naturaleza cae en su poesía, como en una cámara oscura.

Aún en los últimos poemas que ha escrito Carrera Andrade a partir de su libro *País secreto* (Tokio, 1940), en donde una fuerza íntima, una potencia subjetiva tiende a rebelarse para inaugurar un género distinto, se percibe la acumulación de objetos, la marea externa que forcejea sin cesar.

Aunque parezca inextricable, esta dificultosa evasión del poeta del mundo externo hacia su yo, hacia los sótanos de su conciencia, ya es visible en su libro *El tiempo manual*. Desorientado, encandilado por innumerables viajes y ciudades empieza a pulsar las cuerdas intensamente españolas de su ánimo. Luego, es el tiempo el fantasma que se cuela, de rondón, por su lengua, como un hálito frío que viene a sorprenderle, a él, poeta fosforecente y siempre embriagado por el Trópico y las apariencias del mundo. En un principio, sólo constata su curso. Después profundiza en su esencia, le parece que pudiese medirlo, se familiariza con su sustancia. Finalmente, constata que el tiempo, como una ola, le va carcomiendo su morada; constata que es el fan-

tasma inmanente capaz de ponerle en jaque, de llevar a su sangre una perpetua zozobra. Reúne inequívocos signos y aún, con un sentido sumamente oriental, llega a decirnos «que se pasa los minutos esperando».

Y, ahora, después de constatada la excepción cabría preguntarnos ¿qué oscura esencia, qué espíritu impele a este grupo de exaltados poetas que pueblan el oeste de América del Sur y cuya poesía tiene por eje una fuerza espiritual de orden centrípeto, o sea, que va del mundo externo al ánimo del artista?

Aunque se trata de una entidad de suyo delicada, es indudable que este problema tiene su clave en la sangre. Cuando se regustan sus obras, cuando se profundiza en la psicología de estos poetas, cuando se palpan sus efigies y sus modales, se supone, sin género de dudas, que hay en sus plasmas sanguíneos una franja de sangre india. No es raro, que sean ellos quienes se encarguen de negar rotundamente esta afirmación. Sobre el particular, Gabriela Mistral, al hacer el elogio de los «Tres cantos materiales» de Neruda, nos dice: «Neruda se estima blanco puro, al igual del mestizo común que, por su cultura europea, olvida fabulosamente su doble madero. Los amigos españoles de Neruda sonríen cariñosamente a su convicción ingenua». En cuanto a Jorge Carrera, es muy posible que no la abrigue. Sutil biógrafo de los espejos y las alcobas, más de una vez habrá meditado en sus ojos ligeramente oblicuos, en su porte oriental, en su instintiva habilidad para conducir el *hai-kai*.

Sin duda, hay entre nosotros, hay en nuestra calidad de mestizos, un ojo y ciertas potencias bárbaras para las cuales la naturaleza tiene un sentido mágico. Un sentido que se traduce en un verdadero júbilo ritual. Un júbilo todavía no perturbado en nuestra costa del Pacífico, por la abrumadora técnica europea; un júbilo multiplicado aún por la exhuberancia del Trópico y la hermosura de los mares australes. Por otra parte, en dicha costa, esta fórmula racial hispano-india, no sólo aún se conserva intacta, sino que se perfecciona y ya muestra en éstos y en otros artistas, las primeras bases de una cultura defendida, contrariamente a lo que sucede —salvo las excepciones relativas al *folklore*— en la Costa del Atlántico, donde la inmigración descontrolada ha barrido con toda posible unidad y ha impuesto al criollo una

cultura que, como en la ley de los vasos comunicantes, guarda idénticos niveles con Europa.

Es natural que los vehículos de esta poesía que sigue un aliento y júbilo cósmicos, de esta poesía mimética por naturaleza, sean la metáfora, el ritmo y el metro libres.

En Carrera Andrade, esta ley se da con plenitud. En lo que concierne a la metáfora —vértebra y médula de su poesía— es un artillero habilísimo cuya imaginación golpea, sin tregua, en el blanco de su mortalidad lírica, con acierto invariable.

En el caso que nos ocupa, el uso de la metáfora —más propiamente, el tropo— está íntimamente relacionado con el júbilo de orden cósmico, con ese ojo bárbaro y recóndito que mora en la sangre de nuestra cultura. Es la principal manifestación de un mimetismo poético. En efecto, según mi modesto juicio, la metáfora en el hombre civilizado, no es sino una potencia liberadora que se burla de las leyes de la lógica, un supremo mimetismo de orden espiritual para conseguir tal objeto; pues si en el fenómeno zoológico denominado con aquella palabra lo que se consigue por medio de una semejanza es burlar a un determinado ser, del mismo modo, el poeta que afirma, rotundamente, que un capullo de rosa es un caracol marino, ejerce una suprema especie de mimetismo libertador y de orden estético, porque, sin duda, la imaginación es una fuerza anímica imponderable e íntimamente relacionada con la conciencia.

En tal virtud, la multiplicidad de temas que tan justamente ha sido señalada en la obra de Carrera Andrade, no es sino el corolario de lo que he enunciado. Tal es la ley que preside su doble mimetismo, la flexibilidad espiritual del artista. Por ello, de su médula lírica surgen el poeta y el sudamericano cabal de este lado de América, de este costado en donde golpea el Mar de Vasco Núñez de Balboa. Pero este fenómeno de la multiplicidad de temas, tiene como todo acontecimiento de orden artístico y por ello, humano, razones más profundas que dicen con el propio y personalísimo espíritu del poeta. En efecto, hay un área de su poesía, constituida por un número más reducido de poemas, en que prima por entero un sentimiento de carácter doméstico, familiar o íntimo. Su definición de la ventana es el mejor escudo de armas de esta cámara de su modalidad lírica.

En suma, en la poesía de Jorge Carrera Andrade, poeta autóctono por excelencia, el mundo externo ejerce una primacía apasionada. Por el hecho de ser la metáfora su arma eficaz, preferida, es la suya una poesía inimitable, personalísima, desprovista de todo elemento retórico. Estamos en presencia de un hecho poético sostenido, casi por entero, por el espíritu del poeta; por un espíritu exento de todo recurso decadente, ya que en ningún instante falta el júbilo, la euforia de un arte en pleno y verdadero equilibrio. Conviene señalar e insistir que en su adecuado vehículo constituido por el tropo nunca recurre al simple verbo, al mero lenguaje, para conseguir un resultado estético distinto. Por ello a pesar de la modernidad de su obra y pese a la factura poco más o menos libre de los poemas que la integran, es el suyo un arte que tiende a lo clásico, en su más amplio sentido, ya que su oculto cauce dentro de lo contemporáneo persigue —como acabo de enunciarlo— vigor, eficacia y serenidad compatibles con la época en que ha sido creado, sin desdeñar la experiencia de ninguna de las escuelas del pasado.

Finalmente, como lo dijera en un principio, con su libro intitulado *Registro del Mundo*, Jorge Carrera Andrade cierra su primera gran órbita poética, obra y órbita que le habilitan de sobra para ocupar una señalada cátedra entre los grandes poetas de la América del Sur.

Antonio de Undurraga.

Con Maurois, Ludwig y Strachey, Stefan Zweig trajo al mundo una nueva forma de tratar la Biografía. Es posible que, en adelante, este género literario tan rico en sustancia artística y humana, consiga cierta renovación en el modo de explotarlo. De todos modos, los recios aportes de los autores europeos mencionados, perdurarán en las obras biográficas con todo el mérito estético que les particulariza y consagra. En febrero de este año que termina, Stefan Zweig, por esas cosas que tienen razón en igual proporción que no la tienen, puso término a su vida en la plácida ciudad brasileña de Petrópolis. Zweig se suicidó exactamente en la tierra que le deslumbró con su paisaje natural y humano, en la tierra que, luego de una dramática peregrinación por climas enrojecidos por la guerra, le ofreció la más saludable acogida para su enfermo espíritu de hombre expatriado. Entonces Zweig trató de devolver esa amable hospitalidad del Brasil

del modo privilegiado que podía hacerlo él: escribió un libro, acaso el último formal libro de su vida, sobre esa grande y engrandecida tierra de América.

No es mucho tiempo que BRASIL de Stefan Zweig circula en su edición española. La lectura de esta obra nos estrecha a Zweig con un lazo de admiración más a los ya establecidos por la lectura de sus libros anteriores. Se trata de uno de los homenajes definitivos que un escritor europeo ofrece, en el país brasileño, a nuestro Continente Americano. Es evidente que este homenaje compromete la gratitud imperecedera del Brasil, en primer término, para el ilustre biógrafo austriaco. Pero no cabe duda que el resto de América le debe también su íntimo reconocimiento por la singular gracia de haber rubricado el poema inmortal de un fraterno pueblo americano.

Con legítima autoridad, el prestigioso escritor brasileño Afranio Peixoto presenta el libro de Zweig en los términos agradecidos que transcribimos a continuación.

PRÓLOGO AL LIBRO «BRASIL»—No es ésta una presentación, una introducción que, afortunadamente, nuestro público dispensaría a la fama mundial de Stefan Zweig: es un agradecimiento. Fué nuestro huésped, vivió algún tiempo aquí, fué de Bahía al Amazonas, de Pernambuco a Sao Paulo, de Minas al Río Grande; habitó, luego, en Río de Janeiro. Es un enamorado de nuestra tierra y de nuestra gente.

El Brasil es como las mujeres bonitas: tiene enamorados de toda índole, incluso desinteresados. No quieren nada, ni una mirada, ni una sonrisa, nada. Les basta amar. Llamamos a eso «amor de caboclo», hasta el enamorado lo ignora. Así era el amor caballeresco. Goethe lo resumió en esta frase: «Si te quiero, ¿qué te importan?». Así es Zweig.

Sus libros aparecen editados en seis y aún más idiomas—algunos, ¡en dieciocho!—a veces, en ediciones dobles: en inglés para Inglaterra y los Dominios, en inglés también para América del Norte..., España e Hispanoamérica..., Portugal y Brasil... Es el escritor más impreso, más divulgado y más leído del mundo: ensayos, biografías noveladas, ficción pura. El autor es un encanto de convivencia, de conversación, de sencillez: ternura y poesía. Pudiendo estar, agasajado, en los Estados Unidos, como Maurois, o en la Argentina, como Waldo Frank..., aquí está, aquí estuvo, sin ruido, en el Brasil. Aquí, no fué al palacio de Catete ni al de Itamaratí, ni a las embajadas, ni a la Academia, ni al D. I. P., ni a los diarios, ni a las radios, ni a los hoteles-

palacios... Anduvo, paseó, vió, viajó, vivió. No quiso nada, ni condecoraciones, ni fiestas, ni recepciones, ni discursos... No quiso nada.

Bahía quiso recibir su visita y le invitó. Aceptó conmovido, pero fijó condiciones: ni contribución a los gastos ni hospedaje de invitado, ni recepciones, ni conferencias, nada. Gustaba del Brasil, gustaría también de Bahía, y no quería nada más. Quería ver, sentir, escribir libremente...

Todo esto generó este libro, este gran libro, libro de amor presente y esperanza futura, que aparece en inmensas ediciones, en Norteamérica, en Inglaterra, en Suecia, en la Argentina, en francés y alemán también —seis a la vez—; la menor de ellas; la brasileña... Es el más «favorecido» de los retratos del Brasil. Nunca la propaganda interesada, nacional o extranjera, habla tan bien de nuestro país, y el autor no desea recibir por aquello ni un apretón de manos, ningún agradecimiento. Amor sin retribución. «Amor de caboclo» supercivilizado: la enamorada se enterará ahora y quedará confusa de tanto bienquerer. El, en tanto, ya partió. Dejó apenas esta declaración. Declaración capaz de dar envidia a la hermosura presumida. Los «patria-amada», los «ufanistas» pondrán las caras largas, pues hasta la fecha ninguno escribió libro igual sobre el Brasil.

El amor hace tales milagros. Si él fuese un político, un diplomático, un economista, se quedaría perplejo. La explicación es sólo ésta: Stefan Zweig es poeta, es hoy el mayor poeta del mundo, poeta con o sin versos, pero con poesía sentida, vívida, escrita por el más suave prosista del mundo...

Afranio Peixoto.

Hoy vamos a tener, honda y palpitante, la satisfacción de referirnos al pintor ecuatoriano Eduardo Kingman, amigo y compañero inalterable en el joven destino de nuestra vida y emoción artística. Y, en realidad, con Kingman se perfiló, apretada y entrañablemente, la que hasta hace poco se conoció con el nombre de «nueva generación» de escritores y artistas. Los periódicos, las revistas y los libros de los nuevos escritores ecuatorianos se editaron casi siempre con la colaboración artística y gráfica, decidida y jubilosa de Eduardo Kingman. Es pues, nuestro inconfundible compañero de ruta y creación artística.

Eduardo Kingman trabajó durante el año que terminó antier, en silencio pero firmemente, un considerable número de cuadros para una exposición pictórica que —no hubo remedio—, se internó en los estrechos límites de nuestro ambiente artístico. Ventajosamente, la exposición de Kingman fué apreciada con deferente interés por quienes debían y podían hacerlo en forma digna del gran esfuerzo que representaba y, sobre todo, de la elevada trascendencia que tenía en el movimiento artístico nacional. Luego de esta exposición, Eduardo Kingman, en el Ecuador, acaso no tenía qué más hacer. Para reiniciar su labor y establecer una tregua a su trabajo, necesitaba antes que el conocimiento y juicio de su última obra se amplíe en la mayor extensión posible. Así fué como, acompañado por un dilecto amigo, el escritor Jorge Guerrero, partió rumbo a Colombia y Venezuela. La prensa de esta ciudad tuvo el plausible acierto de reproducir varios comentarios y reseñas críticas publicados en periódicos de Bogotá y Caracas, en oportunidad de las exposiciones que Kingman había presentado en estas dos capitales sudamericanas. Ahora, nosotros ofrecemos una transcripción del comentario aparecido en la REVISTA DE LAS INDIAS, distinguida publicación bogotana de prestigio continental, relacionado con la presencia de Kingman en tierra colombiana.

HOMENAJE A KINGMAN.—En días pasados, y con ocasión de la clausura de la exposición de Kingman, un grupo de escritores le rindió un homenaje en los salones de la Biblioteca Nacional. El Sr. Eduardo Carranza dijo:

«Yo conocí a Eduardo Kingman en 1938. Entonces ¡ha cómo cantaba la vida a la altura de nuestros oídos!. poseía ya en esa época y desde siempre, su admirable madera de ser hombre y ese mágico don de integrar y recrear la dispersa hermosura del mundo. Ahora hemos vuelto a verle en plena y juvenil posesión de su destino de gran pintor. El dueño de los secretos está aquí, asomando su alma en el hondo milagro de sus cuadros.

«Yo no sabría deciros de sus sabidurías técnicas, de la sutileza con que juega a los colores, de la insigne maestría que cabe en una sola pincelada suya, así como en el blanco espectral caben los siete colores. Quiero tan sólo alabar su pintura fuerte, valerosa y varonil. Quiero nombrar su gran pasión de hombre americano que circula por sus cuadros como una sangre sigilosa. Y quiero, finalmente, invitaros a

admirar ese incorruptible fervor por la belleza que está en su alma como una patria en el pecho de un héroe».

El Sr. Fernando Charry Lara dijo:

«Creo que en este arte de Eduardo Kingman hay algo más que el esplendor, algo que está por encima de la simple maestría de los colores, de los reflejos. La hermosura, por solemne que sea, se muestra casi siempre con un evidente tono de suavidad. En cambio la belleza desciende por los cuadros de nuestro americano pintor como una triste lluvia, trágicamente, y un desolado pensamiento abarca su actitud.

«Algunos pretenden recibir la pintura de Kingman con un vano ademán escéptico. A mí entender, lo menos que ello indica es una falta de adivinación para imaginar los caminos nuevos del arte.

«Pero hay, sin embargo, algo más. Cierta público que dirige a veces la inteligencia desamparada a falta de verdaderos rectores culturales, ha extendido, desde hace algún tiempo, la afirmación de que el artista debe evitar todo contacto con su medio, en un anhelo de evasión desesperado e inexplicable.

«Yo no puedo aceptar esta fuga sino como una manifestación expresa que alguien hace de su incapacidad para comprender las injusticias, los problemas que toda sociedad confronta, y de asumir ante ellos una posición digna.

«No es que crea en ese tipo de «arte social» que ya nadie nombra, cubierto de desprestigio por los que quisieron hacer su ensayo y sólo alcanzaron, temprano, a denigrarlo. Mas tengo por cierto, cada día más, un verso admirable que nos recuerda que «el hombre es el paisaje y es su historia». El poeta que aquí dijo esta verdad, expresó en síntesis maravillosa que el hombre, entre otras cosas no puede desatender el destino de su pueblo, porque éste es también el suyo más verdadero y más íntimo.

«Menos puede hacerlo el artista, por cuya voz hablan todas las esperanzas de una raza. En su corazón resuena, a veces no con lamento sino con furia, la angustia de su pueblo. Entonces su expresión es ruda y llega a ser un arma violenta y trágica. Por eso la desestiman quienes tienen ra-

zón de temor, porque en la revelación de los sufrimientos existe siempre, como se sabe, un peligro.

«Eduardo Kingman nos entrega del Ecuador unos paisajes que son historia. Sus varones taciturnos, sus calladas mujeres soñadoras verán, en una tarde hermosa, caer sobre la América un universo de realidades más puras, el día en que se abandone lo que de engañoso, por sin sentido, hay en las luchas humanas, cuando ellas no se afanan, como debieran hacerlo sin término, por el imperio exclusivo de la equidad».



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL